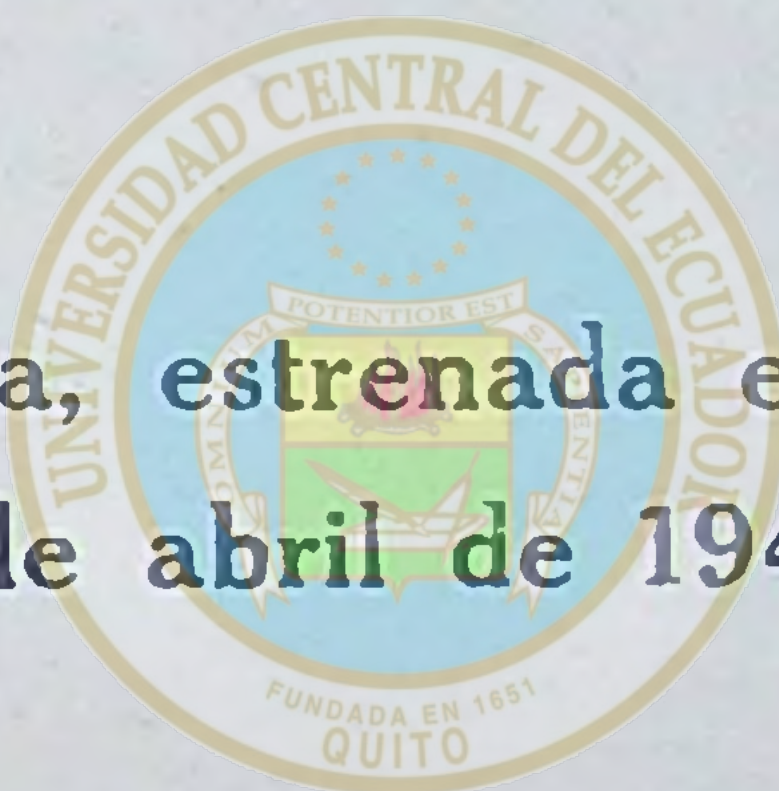


LA CAUSA ERA LA NOCHE

Comedia radiofónica, estrenada en Radio Quito,
el 2 de abril de 1943



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Por JOSE ALFREDO LLERENA

QUITO—ECUADOR

Efecto.—Tecleo de máquinas de escribir.

Efecto.—Seis campanadas del reloj. Cesa el tecleo.

Gustavo.—Ahora sí. Siempre he tenido mala suerte, pero ahora creo que no hay escapatoria. No cabe mala suerte. A no ser que también ahora. . . . en fin. . . . me ascenderán? Si me ascienden, respiraré un poco mejor; el ascenso me significará unos vestidos nuevos, por lo menos; pero, antes, unos trajes nuevos para la señora. Estoy por creer que me ascenderán. O talvez no. Aunque esto último no podría ser. Estudiemos el punto. ¿Quién es el más antiguo en esta oficina? Yo. ¿Quién es el más cumplido? Yo. ¿Quién es el que redacta los informes oficiales del Jefe, la correspondencia con el Exterior, los remitidos que los jefes publican en los periódicos? Yo. Pero, si no es mentira que todo esto lo hago yo. Y si se ha producido la vacante del inmediato superior, ¿qué me puede pasar? Que me asciendan. Si la justicia fuera automática no tendría ni para qué dudar un instante. . . . Si fuera automática. . . Ah. . . creo que ya me toca saber el resultado.

Efecto.—Timbre de la oficina: dos puntos, dos rayas.

Gustavo.—Dos puntos, dos rayas. . . entonces es a mí a quien llama. ¿Qué sucederá? Mejor es que yo no me haga ilusiones porque lo automático en el mundo no es la justicia, sino, al contrario, la injusticia.

Efecto.—Se abre la puerta. Pasos que se aproximan.

Gustavo.—¿Me ha llamado, señor?

Jefe.—Sí, Gustavo. Tome asiento. Quiero charlar algo con usted.

Gustavo.—Estoy a su mandar.

Jefe.—¿Y cómo está su salud?

Gustavo.—Estoy bien, gracias. . .

Jefe.—Me alegro. Usted sabe que como jefe de la ofi-

cina he procurado siempre ser una persona justa. He sido y seré justo. Esto es algo que está en mi carne.

Gustavo.—Sí. Sí. Por eso todos nosotros le hemos respetado y le respetamos. Es usted una persona que ve los asuntos con imparcialidad.

Jefe.—Por ejemplo, con usted que es un buen empleado nunca tuve el más leve roce.

Gustavo.—No. Nunca. Y es que, desde luego, nunca dí motivo. En tantos años de trabajo en esta oficina ni siquiera me he enfermado.

Jefe.—Sí, usted no dió motivo jamás. Es un empleado excelente. Si así fueran todos! Desgraciadamente no sucede así. Los demás se enferman con frecuencia, especialmente en la tarde del día en que reciben la quincena.

Gustavo.—Y además todos los lunes por la mañana.

Jefe.—Así es la verdad. En lo que respecta a mí le manifestaré a usted que no bebo; soy enfermo del hígado; pero cuando era sano tampoco era un borracho.

Gustavo.—Usted siempre fue un hombre modelo.

Jefe.—Volviendo a la cuestión. . . . Estaba manifestándole que no están conmigo las injusticias. Y cuando encuentro algo injusto me altera. Como sucedió ahora. . .

Gustavo.—¿Tuvo usted algún disgusto?

Jefe.—Sí, una contrariedad. Por eso le llamé.

Gustavo.—¿Algo contra mí? Yo no he dado motivo.

Jefe.—Usted, no. Le acaban de dar un disgusto a usted.

Gustavo.—¿A mí? ¿Puedo saber de qué se trata?

Jefe.—Ocurrió algo absurdo. Se produjo la vacante de su inmediato superior en la oficina; entonces, como era natural, pedí que le asciendan a usted, en oficio que le puedo enseñar. Mírelo.

Gustavo.—¡Ah, pues! Muchas gracias. Sí. . . Gracias por su buena voluntad.

Jefe.—Usted acaba de informarse. Me han contestado manifestando que el cargo han tenido que dar a un recomendado de un pariente del Ministro. Me indican que en cuanto a usted, mejorarán su situación cuando se presente la oportunidad. Esto me ha contrariado.

Gustavo.—Cuando se presente la oportunidad? Quién sabe. ¿Qué hacer? De todas maneras, le agradezco.

Jefe.—Quiero que sepa que he hecho lo posible. Cuanto lo siento.

Gustavo.—No tiene por qué sentir.

Jefe.—Es que cuando suceden estas cosas...

Gustavo.—Son cosas que pasan a menudo en la vida burocrática. Estoy acostumbrado a ellas. Si no se me ha ascendido, ¿qué más voy a hacer? Repito mis agradecimientos... Y hasta mañana.

Jefe.—Hasta mañana...

Efecto.—Pasos que se alejan. La puerta que se cierra.

Efecto.—Música de transición.—Espacio corto.

Gustavo.—Lo esperaba. Los seres humanos se dividen en dos clases: los que tienen buena suerte y los que no la tienen. Yo pertenezco a la última clase... mala estrella... o qué sé yo... (Tararea) Tralala... tralala....

Efecto.—Música de transición a otra escena.

Adela.—De modo que... Don Manuelito, ¿en qué quedamos?

Manuel.—Le acabo de indicar, ñatita.... (Tose).

Adela.—Usted tose mucho. ¿Por qué no se cura?

Manuel.—¡Ay!... Cuando se es viejo no le abandonan los pequeños males. Da lo mismo curarse o no.

Adela.—No puede ser lo mismo.

Manuel.—Sí, hija. La tos, el hígado, las reumas... ay! ¿Para qué gastar?

Adela.—Está usted arruinándose.... Aliméntese mejor.

Manuel.—¿Alimentarme mejor? En primer lugar, los alimentos están caros; en segundo lugar, me hace daño el comer mucho.

Adela.—¡Oh! Qué tales cosas... Y lo dice usted que tiene suficiente dinero.

Manuel.—¿Dinero yo?.... ¿Por qué creen que tengo dinero?... Soy pobre... ¿y cómo se encuentra tu marido?

Adela.—Trabaja mucho. Se mata en la Oficina.

Manuel.—Pero es bueno.



Adela.—Es bueno. Tiene buen corazón.... Es algo tarde. Debo regresar. ¿En qué quedamos? Tengo el dinero para sacar el cofrecillo.

Manuel.—No tengo el cofre... No. No está en mi poder.

Adela.—Yo le he encargado a usted. Y ahora, quiero recuperarlo.

Manuel.—Se lo llevó mi hermana. Reclámalo.

Adela.—Nada tengo que ver con ella.

Manuel.—Yo he pensado lo mismo. Pero, ella se llevó. Traté de impedirle, pero ella está segura de que tú no lo ibas a reclamar. No podrías.

Adela.—Esto es el colmo. Es irritante. ¿Cómo dejar que se pierda por cincuenta sucres un objeto que vale quinientos?

Manuel.—Es que como demorabas mucho en recuperarlo, ñatita.

Adela.—Esta no es una razón. ¿Acaso lo dejé en una prendería cualquiera? Además, puedo pagar los intereses.

Manuel.—Lo siento. Manifestaré todo esto a mi hermana. Si me devuelve, te lo enviaré a tu casa.

Adela.—Entonces le pagaré. ¡Qué contrariedad! Hubiera preferido dejar mi prenda donde cualquier usurero. Y no precisamente donde los familiares. Hasta vernos. Que lo pase bien. Y no olvide que estoy dispuesta a recuperar el objetito ese.

Manuel.—(Tose). Quizás.

Efecto.—Pasos que se alejan. La puerta que se cierra.

Efecto.—Música de transición a otra escena.

Gustavo.—Van a ser las ocho de la noche.

Adela.—¿Qué te pasa? Desde que llegaste no has hablado sino entre dientes. ¿Qué te sucede?

Gustavo.—Hoy no habrá comida, según parece.

Adela.—Sí. Después de un momento.

Gustavo.—¿Por qué tan tarde?

Adela.—La cocinera se ha ido. Hice yo la comida.

Gustavo.—¿A qué hora se marchó?

Adela.—Por la tarde se ha ido.

Gustavo.—No lo supiste?

Adela.—No. Me avisaron los vecinos. A ellos había indicado que nos abandonaba. No le debíamos un centavo.

Gustavo.—¿Y por qué no está aún la comida? Yo hubiera hecho más temprano.

Adela.—¿Por qué tanto apuro? Y ¿a qué viene ese mal carácter?

Gustavo.—¡Qué diablos!

Adela.—¿Se puede saber qué sucede?

Gustavo.—Cuando se pasa todo el día fuera del hogar, entonces no hay tiempo para nada. Estando en la calle no se puede hacer lo de la casa.

Adela.—Ya comienza la historia de siempre.

Gustavo.—Tú eres la que hace revivir todos los días.

Adela.—No he salido.

Gustavo.—¿Por qué mientes? Tu abrigo nuevo está fuera del guardarropa.

Adela.—Lo saqué para cepillarlo porque la polilla le está destruyendo. Se debe a que no salgo a la calle.

Gustavo.—¿Por qué mientes? ¿Y tanta pintura? ¿Tanto perfume? ¿Te pusiste para ir a la cocina?

Adela.—Y tú ¿por qué reparas en todo eso? ¿Te has vuelto un pesquiza?

Gustavo.—La mentira me irrita.

Adela.—Apenas un momento fuí donde el viejo Manuel a recuperar el cofrecillo.

Gustavo.—¿Y qué fue?

Adela.—No me lo devolvió. Dijo que se ha llevado la hermana; que ella ha dicho que yo era una pobre y no podría recuperarlo.

Gustavo.—Mentirosos. Tus parientes mentirosos.

Adela.—Me tienen lástima. No hay quien les haga cambiar de ideas.

Gustavo.—¿De modo que el cofre? ¿Había para tardarse tanto?

Adela.—Nunca has estado tan impertinente como hoy.

Gustavo.—Es que a pretexto del cofre te habrás ido quien sabe a qué otras partes. Yo trabajando en la oficina, y tú recorriendo las calles.

Adela.—No, no y no. ¿Para qué iba a recorrer las calles?

Gustavo.—Con las estúpidas de tus amigas. Esa Carmen. ¿No suele venir a visitarte con tanta frecuencia? ¿No viene siempre con sus intrigas? ¿No te da malos consejos, según tú misma me has contado?

Adela.—No seas tan intransigente. Además, ahora no ha venido.

Gustavo.—¿Quién te dejó esas revistas de modas?

Adela.—Carmen, ya lo sé. Pero eso fue hace muchos días. ¿Acaso no te lo dije?

Gustavo.—Viene a enseñar sus vestidos nuevos, a hablar de modas porque sabe que estamos pobres. Viene, como se dice, a tirar prosa. Y tú te prestas para halagar la vanidad de esa estúpida. Sobre todo que esa tipa dirige todas sus maniobras contra mí.

Adela.—No he de dejarme convencer.

Gustavo.—No entiendo cómo puedas ser amiga de una mujer que me combate, sin motivo. Te haces al partido de mis enemigos. Estoy cansado de esta vida de luchas diarias.

Adela.—Mejor será no discutir. Y también a mí se me agota la paciencia.

Gustavo.—Entonces, revienta. Revienta de una vez.

Adela.—Esto de que le examinen a una todos los detalles. Cuando vienes tarde, en cambio, no digo nada. Y eso que ahora es costumbre tuya venir al amanecer. Te hacen tener iras en la calle, pero yo soy la que aguanta las represalias.

Gustavo.—Hasta tengo mala suerte. No me ascendieron. La vacante fue llenada por otro.

Adela.—Inútil. Ni siquiera sabes palanquear. Se abre la boca, se habla.

Gustavo.—Cuando era soltero no tenía mala suerte.

Adela.—¿Es que también yo tengo la culpa de tu mala suerte? Esto me hiere mucho.

Gustavo.—Otros seres, felices, se casan con mujeres que tienen dinero.

Adela.—Y viven de esclavos de ellas, humillados. No puedo tolerar más. Me voy.

Gustavo.—Puedes irte. También me voy. No necesito tu comida.

Adela.—(Llanto).

Efecto.—Música de transición a otra escena.

Efecto.—(paseando).

Gustavo.—Todo esto me ha pasado por haber sido débil de carácter. Si hubiese sido un poco más fuerte! Pero se puede rectificar. Más vale tarde que nunca, dice el refrán. ¿Por qué me enredé con esta mujer? Ya llené mis deseos, y sin embargo seguí adelante, hasta el abismo. Es que me convenció con las lágrimas, arteramente. De otro modo, mi situación habría sido distinta. Si por ejemplo hubiera pensado en Lucrecia. Ella tiene dinero y comodidades. Y hasta es una mujer sin muchos alcances... Qué felices son los maridos cuyas mujeres no tienen tantos alcances. Pero ¿qué mujer no es así? Estoy delirando... Yo debería dejar atrás el pasado. Atrás, la celda del presidiario. Al fin, llega el momento en que al presidiario se le acaba la pena.... No es mucho lo que tengo que hacer para recuperar mi libertad. Con llamarle... sí... eso siempre ha sido posible. Le llamaré. Y mañana además podemos hablar detenidamente. Debo dejar bien lejos el pasado. Señorita: 555. Aló.... 5—5—5, he pedido. Aló... Aló... ¿Lucrecia?... Lucrecia... Sí... soy yo... Cuanto placer de oírte. ¿No estabas ocupada?... ¿Que cómo así?... Siempre he estado pensando en ir a verte, en llamarte, pero no me atrevía.... No, no... lo digo en serio. ¿Y tú? Mentirosa. ¿De viaje, dices? ¿A dónde? ¿Mañana? ¿Pasado?... ¿Que cómo así? Pues, ya te he dicho. He estado siempre pensando en tí. ¿Verdad que tú pudieras venir mañana? Quiero hablar en serio contigo. Sí. Lo más importante para los dos. Tan importante como ninguna otra cosa. ¿Convenido? Sí. Para mañana. Pero no es mentira, eh? Hasta mañana (Aj)... Siempre le emocionan a uno estas cosas....

Efecto.—Música de transición.

Adela.—Ya es demás. Debo libertarme. ¿Por qué he de seguir siendo una esclava cuando hay tantas mujeres libres? Y, al contrario sus maridos son los esclavos. ¿Qué necesito de él? Le necesito desde el aspecto económico. Pero

no soy yo quien le necesita, sino sus hijos. No puedo soportar esta vida. No. Mañana buscaré un empleo. Y trabajaré por mi cuenta. Para mis hijos.

Efecto.—Breve espacio musical de transición a otra escena.

Efecto.—El reloj da las siete.

Gustavo.—(Bostezos). Las siete ya. He dormido demás. ¡Ay! ¡Qué cansancio! ¿Por qué no atrasarme a la oficina? Hasta ahora he sido demasiado fiel al reloj. Abajo el reloj. Qué diablos. Me iré a las ocho y media, hoy. ¿Y lo de anoche? . . . Qué desagradable. Una pesadilla. Debe venir Lucrecia. Sí. Debe venir después de pocos instantes.

Efecto.—Estridente sonido del teléfono.

Gustavo.—Aló. . . Aló. . . ¿Con quién? . . . ¿Lucrecia? Buenos días. ¿Cómo has pasado la noche? Sí, bien. Muchas gracias. ¿Que no puedes venir? ¿Que más bien vaya yo? Bueno. ¿Que cuál era el objeto? Sabes que se trataba de un asunto económico. Pero sería molestarte demás. Muchas gracias. ¿Puedes prestarme algún dinero? Con un documento, una garantía, alguna seguridad, se entiende. Gracias. Qué buena eres. No. No tan pronto. No corre prisa. Sería mucha molestia. Mejor será cuando regreses del viaje. Sí. . . Y que tengas un buen viaje. . . (se pone a silbar).

Efecto.—La puerta se abre. Pasos que se aproximan.

Adela.—¿Deseas el café? Te vas a atrasar a la oficina.

Gustavo.—Gracias. ¿Cómo has pasado?

Adela.—Um! . . . así. . . . pienso irme.

Gustavo.—¿A dónde?

Adela.—Irme. . . Tal vez a buscar un empleo. Parece que te molesto.

Gustavo.—¿Un empleo? . . . Sería ridículo. Estás pensando ridículamente.

Adela.—Tal vez estuve anoche un poco exasperada. Pero, con todo; no te molestaré más.

Gustavo.—No seas tonta. ¿Lo tomaste en serio? Fuí yo el exaltado. Ya debería corregirme.

Adela.—Habría soportado tus cosas. ¡Como siempre! Pero me sentía muy amargada por lo del cofre.

Gustavo.—NO. Yo fui el culpable. Me puse furioso por haberme fracasado el ascenso. De no ser así, no habría reñido. Perdóname.

Adela.—Eres tú quien tiene que perdonar. ¡Qué tontos!

Gustavo.—Fue la noche. La noche era la causa del disgusto. Ahora, frente a la luz del día, se ve que no había materia para disgustarse.

Adela.—La noche aviva las pasiones.

Gustavo.—La noche era la causa. En la sombra los seres humanos aman y odian más intensamente. Y además por la noche la imaginación está suelta. Todo parece posible. Hasta lo imposible. La noche nos aterra con sus pesadillas de odio y de rencor. Pero, luego viene la luz. Qué maravilla.

Adela.—Fuimos tan tontos. Llegamos a pensar en destruir nuestra felicidad.

Gustavo.—Disparatados. Llegamos a atentar contra nuestra felicidad. Contra esta vida de dolores y de alegrías. Contra esta vida de tropiezos que precisamente por eso es tan dulce, tan amable....

Adela.—Esta vida que tanto amamos.

FIN